ORTEGA y FRIAS

# HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

# LECTURA

AÑO I
NÚM. 4
24 NOV. 1923

SEMANAL POPULAR

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.


***EN PUBLICACIÓN:***

## HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

## *por Ramón Ortega y Frías*

**Resumen de lo publicado en los números anteriores:**

Querubín, joven de veinte años, arrogante y gallardo, ama a María, la hija del orgulloso comendador don Pedro de Saavedra, y es correspondido por ella.

El poderoso comendador se opone, y persigue implacablemente a Querubín, porque quiere casar a su hija con don Leandro de Sandoval, hijo de los condes de Rocanegra.

—Vamos—dijo el sastre poniéndose en pie—, ya has visto que no me equivoco, y esto consiste en que conozco el mundo mejor que tú.

La joven tuvo que obedecer y siguió al señor Policarpo.

Cinco minutos después entraba el hijo de la condesa.

¿Qué le dijo a la señora Mariana?

¿Cómo pintó su pasión inextinguible el ilustre caballero?

¿Qué pruebas o garantías pudo dar de la rectitud de sus intenciones?

No lo sabemos; pero el amor es siempre elocuente, es persuasivo, y mucho más cuando habla por boca de un hombre como el hijo de la condesa. Por espacio de una hora se prolongó aquella entrevista; una hora que fue un siglo de mortal angustia para la bellísima Consuelo.

Había permanecido ésta en la habitación del sastre, y colocada junto a una ventanilla con reja que daba al corredor.

Desde allí había visto a Leandro entrar.

El corazón de la joven había latido con tanta violencia, que no parecía sino que iba a saltar del pecho.

Esperó inmóvil y anhelante.

Sonó ruido de pasos, y otra vez apareció el caballero.

Sus negros ojos brillaban como nunca.

Parecía muy agitado.

Con la diestra se oprimía el corazón.

¡Qué hermoso le pareció entonces a la pobre Consuelo!

Y eso que aquel día el hijo de la condesa iba tan modestamente vestido, que hubiera podido tomársele por un hidalgo de mediana fortuna.

No; aquel día no brillaban diamantes en las hebillas de sus zapatos ni en su sombrero, ni lucía riquísimos

vuelos de encaje, ni bordados de metales preciosos en su ropa.

Un sentimiento de delicadeza le había hecho vestirse así; pues le parecía que el lujo era una ofensa en aquella situación para la señora Mariana.

Bajó el joven, y cuando llegó al portal metióse tras el biombo donde con impaciencia lo aguardaba el sastre aparentando que cosía, aunque sin dar una puntada.

Púsose en pie el señor Policarpo.

Leandro le alargó la diestra mientras exclamaba:

—¡Soy feliz!

—¡Ah!...

—No me equivoqué.

—¿Qué os ha dicho?

—Aprueba nuestro amor.

—No podía suceder otra cosa después de escucharos.

—Y ya sé que Consuelo no tiene padre.

—Y sobre no tenerlo...

—Es hija de la seducción—dijo tristemente Leandro—. Pero en claro se pondrá este asunto, y si el padre vive reconocerá a la hija; lo juro por quien soy.

—¿Y cómo ha de ponerse en claro, si la señora Mariana no puede hablar?

—Por de pronto sé que el seductor es de noble cuna.

—¿Y cómo lo habéis averiguado?

—Preguntando y respondiéndome afirmativamente esa infeliz.

—Nos falta el nombre.

—Pronunciaré muchos y al fin acertaré, y entonces no será ella quien exija la satisfacción que a su honra se debe, sino yo con la espada.

—Sois un gran hombre—dijo entusiasmado el sastre.

—Por de pronto, sufriremos y esperaremos con resignación; pero como algún día he de ser dueño de mis acciones, más o menos tarde mi dicha no tendrá igual.

—¿Y cómo saldréis del compromiso de esa otra dama a quien vuestra madre quiere que deis la mano de esposo?

—He dicho que no, y mil veces diré lo mismo; y si mi buena madre se empeña en sacrificar mi corazón, me resistiré abiertamente. Ya os he dicho que esa mujer no me ama, y que al casarse conmigo no haría más que obedecer a su despótico padre.

—A pesar de todo eso...

—La situación es grave, no se me oculta; pero estoy resuelto a luchar, y si no cedo triunfaré.

Y, efectivamente, a luchar estaba decidido el caballero, y no debía ceder ante ninguna amenaza; pero no sospechaba siquiera que habían de ponerlo en la más espantosa alternativa, y que entonces para resistir sería poco, muy poco, todo su valor, de nada había de servirle su energía.

Su madre le amaba con delirio, y, sin embargo, había de ser la que destrozara el corazón del hijo adorado, destrozando a la vez el suyo.

No quería Leandro permitir que destrozaran su corazón; pero tampoco era posible que él sacrificase el honor de su madre infeliz.

El enemigo más temible es el desconocido, y un enemigo tenía Leandro del que aun no se había apercibido.

Si la condesa amaba mucho a su hijo, no amaba menos el hijo a la madre; y la amaba tanto más cuanto que comprendía que su madre no era dichosa.

Pronto daremos a conocer a la condesa, y podrá apreciarse la situación de los unos y de los otros.

Ahora no podemos decir más sino que la mujer que se le destinaba a Leandro no era otra que la hija del comendador, y sobre este punto no se equivocaba el tra vieso Querubín.

—Espero vuestras órdenes—dijo el señor Policarpo.

—Como siempre, os recomiendo la prudencia.

—¿No debo pagar más largamente el trabajo a mi vecina ?

—No, porque vuestra largueza concluiría por hacerse sospechosa.

—Tenéis razón.

—Ya comprendéis que yo deseo...

—Sí, sí.

—Pero por hacer mucho puede suceder que nos inutilicemos para todo.

—Hacéis justicia a esas dos pobres mujeres.

—Si llegasen a sospechar que ha mejorado su situación con dinero mío...

—Huirían de vos como del enemigo más temible

—Señor Policarpo, os soy deudor de grandes beneficios, y os recompensaré como merecéis.

—Recompensado me considero con la honra que me dispensáis.

Despidióse el caballero y salió.

Entretanto la joven abrazaba a su madre.

Ya no abrigaba dudas en cuanto a que su amor era correspondido, y se consideraba la mujer más dichosa del mundo.

Sin embargo, nunca había sido tan desgraciada.

Así quedó por entonces resuelta la situación.

Todos los días iba Leandro a la humilde vivienda de las dos mujeres; pero nunca se tomaba la libertad de permanecer allí más de media hora.

Este tiempo lo empleaba en hablar con Consuelo y en pronunciar apellidos, preguntando a la señora Mariana si alguno de ellos era el de su seductor.

La infeliz madre respondía siempre negativamente.

Tal vez el hombre que la había deshonrado y abandonado había ocultado su verdadero nombre.

¿Quedaba algún medio para conseguir que la señora Mariana se explicase ?

Ninguno, o, al menos, Leandro no lo encontró.

Así pasaron los días y los meses, y tal era la situación cuando Querubín, mientras arreglaba su capa, vio con profunda sorpresa que el ilustre don Leandro atravesaba el portal y hablaba con el sastre, como hubiera podido hacerlo con cualquiera de sus amigos.

## CAPÍTULO X

### *Donde conoceremos algo más al comendador*

Tenemos que retroceder, volviendo a la morada del comendador para saber lo que allí sucedía en tanto que el atrevido mancebo hablaba con su protector de los sucesos de la pasada noche, y de su sorpresa al encontrar al hijo de la condesa en la casa donde habitaba el señor Policarpo.

El comendador era uno de esos hombres que no alteran sus costumbres por nada del mundo, y de los que pudiera decirse que son esclavos de la costumbre y del reloj.

Lo mismo él que su hija y todos sus criados habían pasado muy mala noche, pues las escenas que habían tenido lugar en el jardín eran más que suficientes para hacer que todos perdieran el reposo; pero no por esto dejaron de levantarse y vestirse a la hora de costumbre, y se hubiera considerado falta muy grave que alguno se permitiese permanecer una hora más en la cama como compensación del sueño perdido.

Apenas el caballero se había levantado, ocupóse en conferenciar con su criado y confidente Andrés, empeñándose en poner en claro los inexplicables sucesos de la noche anterior.

No hay que decir que el anciano rebosaba bilis, y no podía resignarse con lo que había pasado, ni mucho menos con que aquella malhadada intriga siguiese adelante, con mengua de su limpio honor, o, por lo menos, de su dignidad y de su omnímoda autoridad de padre.

No era posible ya poner en duda que su hija había perdido la razón, entregándose al impulso de unos amores que podían calificarse de desdichados; pero ¿cómo el amante desconocido había penetrado en el jardín? ¿Cómo había conseguido escapar?

Y, sobre todo, el comendador se empeñaba en averiguar quién era aquel hombre que se le había burlado y casi casi le había puesto en ridículo ante sus criados, el alcalde de casa y corte y la turba de groseros alguaciles.

No podía ser el amante un caballero, ni siquiera un hidalgo más o menos protegido por la fortuna, pues, a serlo, habríase presentado para pedir la mano de María.

El que nada tiene que temer no se oculta; y cuando el desconocido amante se ocultaba, claro era que algo, y tal vez mucho, tendría que temer.

Lo que temía Querubín lo sabemos ya. No tenía nombre ni fortuna, y por esto no podía presentarse a solicitar la mano ni aun de la más humilde de las mujeres.

¿Cómo la joven se había enamorado de un cualquiera, tal vez de un plebeyo?

Esto era inconcebible para el anciano, pues si su hija tenía su sangre, no era posible, en su opinión, que fijase la mirada en un hombre que no fuese del más ilustre origen.

El anciano no contaba con el corazón, que no discurre, y que es un tirano intransigente que lucha sin tregua hasta satisfacer sus deseos.

En su juventud había tenido el comendador más de un desliz, y, por consiguiente, más de una prueba que de-

bió convencerlo de lo que son y pueden las pasiones; pero él decía que nada de esto tenía que ver con el amor de su hija, ni podía compararse lo uno con lo otro.

Reconocía el anciano las faltas de su juventud; pero decía que eran calaveradas y nada más, pues nunca había pensado en casarse con una mujer que no fuese de noble cuna.

Seducir a una desgraciada y abandonarla cruelmente no era para el comendador cometer una falta grave, ni mucho menos rebajarse, pues esto no probaba haber olvidado los deberes que le imponía su ilustre nombre.

No; no era posible que el orgulloso anciano transigiese, ni aun que perdonase a su desgraciada hija.

Creíase con derecho a disponer del corazón de la joven, a sacrificarla a sus ideas, a su conveniencia o su capricho, pues no reconocía límites a su autoridad de padre.

¡Casada su hija con un plebeyo!...

Esto era horrible, y el solo temor de que así pudiera suceder le producía vértigos que podían trastornar su juicio o terminar su existencia.

Paseábase el anciano en su habitación, y su sirviente, en actitud respetuosa, permanecía inmóvil y esperando a que se le interrogase.

Así transcurrieron algunos minutos.

Claramente se revelaba en el semblante del caballero la borrasca espantosa que agitaba su espíritu.

Estaba violentamente contraído su rostro y cubierto de nerviosa palidez.

Su mirada era profundamente sombría.

Sombría era también la del criado, casi siniestra, como lo era siempre; pero sus labios, aunque muy poco, entreabríanse y se dilataban como para sonreír.

Oportuno es el decir ahora que las sonrisas de An-

drés producían el mismo efecto que deberían de producir las de Satanás.

Por fin, el caballero se detuvo, miró a su criado y le dijo:

—Tiempo has tenido de reflexionar.

—Sí—respondió Andrés—; he reflexionado para estar más firme en mi opinión.

—¿Y qué significa lo que pasa?

—Señor, perdóneme vuestra señoría si no digo las cosas como las siento, porque hay cosas tan graves, tan espinosas y tan feas...

—Nadie nos escucha.

—Sin embargo, el respeto que me merece vuestra hija y mi señora...

—Quiero saber lo que opinas, lo que sientes, lo que piensas, ¿lo entiendes?

—Entiendo, señor.

—Habla con claridad.

—Lo que sucede es bien claro, y como vuestra señoría lo sabe, no necesito decirlo.

—¡Vive el cielo!...

—Señor, anoche, como otras muchas, se ha introducido un hombre en el jardín.

—Sí, otras muchas, porque tú has observado, lo has visto y me lo has dicho...

—Y vuestra señoría no quiso creerme.

—¿Y cómo creer que mi hija, cristianamente educada, tan inocente, tan pura y tan respetuosa para su padre, se metiera en estos enredos, que deshonrarían a la última de las mujeres? ¡Oh!—exclamó el anciano apretando los puños desesperadamente— ¡Mi hija! ¡la única heredera de mi nombre ilustre!... Esto debía parecerme imposible.

—Ya dije a vuestra señoría que alguna noche quiso la casualidad que yo viese en el jardín sombras o bultos

que de un lado para otro se movían, y que otro cualquiera hubiera tomado por fantasmas; pero como yo no creo en fantasmas, trasgos ni duendes, supuse desde luego que eran criaturas en cuerpo y alma, y que cuando andaban por el jardín por algo andarían. Ladrones podían ser; pero los ladrones van a su negocio y no se entretienen en hablar horas enteras bajo los emparrados o entre los bosquecillos de adelfas y rosales. Además, los bultos eran tres, y yo juraría que de los tres no más que uno era hombre, y mujeres los otros dos; y todo esto, y la circunstancia de que uno desaparecía hacia la puertecilla de la tapia mientras los otros se venían por este lado, me convenció de que no eran ladrones ni cosa que lo pareciese.

—Y nada me dijiste hasta después de muchos días.

—Quise sorprender a los que andaban por el jardín; pero ellos eran más astutos que yo, habían adoptado todas las precauciones imaginables, y siempre quedé burlado.

—Parece imposible.

—Más imposible parece lo que anoche sucedió, y, sin embargo, es verdad.

—No me recuerdes eso, Andrés.

—Por desgracia, mi noble señor, de tan desagradable asunto hablamos, y no es menester que yo lo recuerde para que vuestra señoría lo tenga en la memoria.

—Es verdad—murmuró el anciano con sorda voz.

—En fuerza de constancia pude averiguar que uno de los fantasmas era la muy ilustre hija de vuestra señoría.

—¿Y los otros ?

—El que a la puertecilla de la tapia se dirigía era el amante desconocido, y aunque yo le hubiese visto el rostro, no me hubiera sido posible saber quién era.

—¿Y la otra mujer ?

—Dos son las doncellas que sirven a mi noble señora; tiene, además, una dueña, y hay en la casa otras mujeres, porque vuestra señoría, teniendo en cuenta su rango, no ha querido nunca disminuir el número de sus criados. De todas esas mujeres, una es cómplice.

—¿Cuál de ellas?

—He ahí lo que no he podido averiguar.

—Pues es precisamente lo más interesante. ¿No has acechado en los pasillos para cogerlas *infraganti* cuando volvían del jardín?

—Sí; pero no parecía sino que adivinaban donde yo me había colocado, y como la casa es muy grande, se iban por otro lado, convenciéndome al fin de que me era imposible conseguir nada sin la ayuda de otra persona. Acudir a uno de mis compañeros era dar ocasión a murmuraciones y escándalos, que no me parecían convenientes al honor de vuestra señoría.

—Todo eso está bien.

—Como criado leal, a vuestra señoría le dije lo que pasaba; pero...

—Mi dignidad no me permitía ponerme a espiar como tú; yo debía desde luego imponer un terrible castigo al hombre audaz que atenta contra mi honor.

—Hemos esperado; el amante penetró en el jardín...

—¡Oh!...

—Ahora es más difícil averiguarlo, porque después de lo que anoche sucedió, el desconocido amante dejará de venir, y no sé de qué medios he de valerme para descubrirlo.

—Pues a mí me parece muy fácil desde el momento en que sepamos quién ha prestado a mi hija ayuda en esta intriga.

—Tal vez la dueña.

—¡La dueña!... Es demasiado leal y buena cristiana y, además, la abonan sus antecedentes.

—Señor, no me fío de nadie, porque muchas veces la pícara codicia trastorna la cabeza, y hemos visto muchos ejemplos de dueñas que se mezclaban en intrigas de esta clase, en tanto que aparentaban no hacer otra cosa que rezar para que Dios les abriese las puertas del cielo.

—La fidelidad de la dueña está probada.

—Entonces...

—Me ocurre un medio.

—Bueno será, si bueno le parece a vuestra señoría.

—Cuando mi hija no tenga persona que le ayude, imposible será que sostenga las relaciones con su amante, y el tiempo y la reflexión harán que lo olvide.

—Todo eso es verdad; pero...

—¿Qué observación te ocurre?

—Si no conocemos a la persona que en este negocio ayuda a vuestra hija...

—Despediré a la dueña, a las doncellas y a todas las criadas, y así forzosamente saldrá de la casa la culpable

—Pagarán justos por pecadores.

—Antes que todo es mi honor.

—Otras criadas vendrán, y tal vez en lugar de un auxiliar cuente con muchos mi noble señora, en cuyo caso no sé cómo podremos arreglarnos.

—Debe de ser una de las doncellas.

—Todo es posible.

—Probablemente, Juana.

—¡Juana!—exclamó el sirviente estremeciéndose y fijando en su señor una mirada cuyo significado no era posible adivinar.

—Sí; esa muchacha es traviesa, poco juiciosa...

—Pero buena en el fondo.

—No niego su bondad.

—Antes he sospechado lo mismo que vuestra señoría.

—¿Y se han disipado tus sospechas?

Dudó algunos momentos el criado, respondiendo al fin:

—Completamente, señor.

—¿Qué pruebas tienes para responder de la lealtad de Juana ?

Pareció turbarse el criado, aunque nunca se turbaba, porque era un bribón desalmado y astuto que ya estaba cansado de representar el más importante papel en toda clase de intrigas. Afortunadamente, el comendador, en extremo preocupado, no pudo apercibirse de la ligera turbación de Andrés, y como éste no respondía con prontitud, aquél volvió a preguntar con tono de impaciencia:

—¿Qué pruebas tienes ?

Al criado le ocurrió entonces lo que debió de ocurrirle cuando quiso averiguar quién era la criada que había tomado parte en aquella intriga.

—Señor—dijo—, la última noche que entró el desconocido amante, en vez de acechar en los pasillos, y para no verme burlado como otras veces, fui hasta el dormitorio de Juana.

—¡Andrés!...

—En situaciones extraordinarias es preciso apelar a medios extraordinarios también. Mis intenciones eran buenas, Dios lo sabe, y vuestra señoría me hará la justicia de creerlo.

—Prosigue.

—Llegué hasta el dormitorio, me detuve a la puerta, miré por el ojo de la cerradura y escuché.

—¿Qué viste ?

—Nada vi, porque no había luz.

—¿Y qué más ?

—Tampoco percibí ningún ruido, lo cual aumentó mis sospechas, y apartándome de allí, fui en busca de una luz.

—Muy bien.

—Para hacer todo esto, como comprenderá vuestra señoría, se necesita tiempo. Volví con la luz y nuevamente escuché, y queriendo a toda costa salir de dudas, me atreví a levantar el picaporte.

—Eso es grave, muy grave.

—Quiso la casualidad que Juana se hubiese olvidado de echar la llave, y fácilmente abrí la puerta. Juro que me sentí muy turbado, que las piernas me temblaban y que estuve a punto de retroceder, porque al fin tengo conciencia, me han educado cristianamente...

—Al asunto, Andrés; al asunto.

—Di algunos pasos.

—¿Y Juana ?

—La vi en su cama durmiendo como un lirón; es decir, vi su cabeza, porque la noche estaba fría y se había tapado muy bien.

—Entonces no era ella la traidora, porque al mismo tiempo no podía encontrarse en el jardín y en su dormitorio.

—Por eso he dicho que tengo pruebas de su lealtad, y me parece que si vuestra señoría despide a las criadas, debe hacer excepción de Juana.

—Dado el primer paso, debiste dar el último.

—Quise ir al aposento de la otra doncella y al de la dueña también; pero ya era tarde, porque el atrevido amante se había ido, y la cómplice, lo mismo que mi señora, habían tenido tiempo para volver a sus dormitorios.

Andrés mentía descaradamente, pues hasta aquel momento no le había ocurrido hacer lo que decía, y lo había inventado para dar la prueba que le exigía su señor.

¿Por qué tanto empeño tenía el sirviente en salvar a la culpable doncella ?

Aunque fácilmente se adivina el motivo, diremos que

Andrés, contra su voluntad, estaba enamorado de Juana; y semejante amor, que él mismo consideraba una desgracia, le hacía comprender el amor de su señora.

¿Era correspondido ?

No; pero la doncella tuvo bastante habilidad para alimentar las esperanzas de Andrés sin comprometerse ella.

Así se explica que el criado hiciese todo lo posible para que Juana no saliese de la casa

En último caso, nada le importaba al sirviente que la doncella hubiese ayudado a su señora, pues si él conseguía averiguar quién era el amante, tendría de todas maneras derecho a la recompensa prometida por el comendador.

Reflexionó éste, sin poner en duda cuanto acababa de decir su criado.

—Está decidido—dijo después de algunos minutos—: se quedará Juana, puesto que su lealtad está probada; pero las demás saldrán hoy mismo, y no vendrá otra doncella, pues con una me parece que tiene bastante mi hija.

Iban a pagar justos por pecadores, pero esto no le importaba al sirviente.

—Y tú entretanto—añadió el caballero—trabajarás sin descanso. Si necesitas dinero, dispón de cuanto quieras.

—Sin descanso trabajaré.

—Adoptaremos todas las precauciones imaginables para que mi hija no vuelva a ver a ese hombre.

—Por de pronto, he mandado que venga un cerrajero para que cambie la cerradura de la puerta del jardín.

—Y se le pondrá un candado además.

—Y lo mismo puede hacerse con otras puertas, y así vuestra señoría tendrá al menos la seguridad de que ese hombre no penetre en la casa.

—Todo eso es poco, Andrés; muy poco.

—Ya lo sé.

—Necesito saber quién es ese miserable para castigarlo por haberse atrevido a trastornar la cabeza de mi hija, y, sobre todo, por haberse burlado de mí como anocha se burló, produciendo escándalos y haciéndome representar el más ridículo papel. ¡Vive el cielo!... ¿Qué se dirá hoy en Madrid? Imposible es sujetar las lenguas de todos esos corchetes bellacos, y de boca en boca, traída llevada y malparada andará hoy por esas calles la reputación de mi hija, mi nombre y mi honor, y cada cual a su gusto hará comentarios; y como en tales casos sucede, los hechos se abultarán, se desfigurarán, y llegará a creerse lo que ni siquiera debe sospecharse. Y a todo esto la condesa encontrará motivo para excusarse, y...

Interrumpióse el caballero, porque comprendió que iba a decir más de lo que le convenía, dando a conocer a su sirviente secretos que era prudente guardar, porque al fin Andrés, por leal que fuese, era un villano que podía cometer toda clase de indiscreciones.

Miró el reloj.

Había llegado la hora de almorzar.

—Acuérdate—dijo—que estás en camino de hacer tu fortuna.

—No olvido que tengo que cumplir mi deber, y si consigo satisfacer a vuestra señoría, recompensado muy sobradamente me consideraré.

Nada más hablaron entonces.

Andrés no sabía de qué medios había de valerse para conseguir averiguar quién era el amante; pero confiaba en su fecundo ingenio. Con gran empeño debía trabajar, pues no solamente le interesaba por la recompensa, sino que también su amor propio se había interesado en aquella intriga y estaba herido desde la noche anterior.

¿No se habían burlado de él lo mismo que del caballero ?

Andrés era rencoroso y además gozaba haciendo mal.

No hay que decir que su historia no era muy limpia; pero había tenido suficiente habilidad para que se le creyese un hombre honrado, sin otra mancha que la de algunas travesuras propias de la juventud.

En cuanto al comendador, debemos decir que no se contentaría con conocer al amante y evitar que fuese amado por su hija.

No; el caballero no podía perdonar la burla de la noche anterior, y también necesitaba dar satisfacción a su amor propio herido.

Se ha equivocado el lector si ha creído que los únicos defectos del anciano eran solamente su exagerada severidad y su desmedido orgullo de raza.

Algo más había en su alma que era bastante para hacerlo odioso.

Si la historia de Andrés no era limpia la del comendador había más de un episodio que pudiéramos calificar de horrible.

Sobre este punto daremos a su tiempo explicaciones, pues ahora no podemos decir sino que había sobrados motivos para que su conciencia no estuviese tranquila.

Suyo no más era el empeño de que su hija se casase con Leandro, pues la condesa hubiera querido dejar en la libertad más completa sobre este punto al joven

Empero el comendador disponía de armas terribles, contaba con medios de éxito seguro, y luchar con él era casi imposible.

¿Quién hubiera podido adivinar que bajo la pálida frente del anciano caballero se abrigaban ideas y planes los más espantosos desde cierto punto de vista ?

El comendador era una de esas criaturas a quienes el mundo no ha llegado a conocer.

Se le tenía por uno de esos hombres intransigentes y severos hasta la exageración; pero nada más.

Algunos decían que su difunta esposa no había sido feliz en su matrimonio; pero ¿quién hacía caso de estas voces?

Su esposa había muerto hacía ya doce años, y cuanto de ella se dijese no tenía ningún valor.

De la juventud borrascosa del caballero nada se deducía, porque el mundo no se toma el trabajo de examinar más que la superficie.

En cuanto a la condesa sucedía lo mismo.

La creían completamente dichosa, y era la más desdichada de las criaturas.

En su vida había un secreto que el mundo no había conseguido descubrir.

Este secreto era la clave de la felicidad de la condesa.

Empero ella no se quejaba; tenía para todos dulces sonrisas y era indulgente para su marido.

No necesitaba más el mundo para juzgar, y llegó a creer que los desórdenes de la vida del conde de Rocanegra no afectaban a su esposa; y siendo esto lo único que hubiera podido hacerle a ella sufrir, y no sufriendo por esto, claro estaba que era la mujer más dichosa del mundo.

Leandro era la única persona que había traslucido el sufrimiento de su madre.

Había querido conocerlo, pero no lo había conseguido.

Buscó la causa en la conducta de su padre; pero no la encontró, porque precisamente cuando su padre no daba motivo alguno de queja era cuando su madre parecía sufrir más.

Del llanto veíanse muchos días señales en el rostro de la condesa, y el joven se preguntaba:

—¿Por qué ha llorado mi madre?

Y empleaba toda su ternura filial para que ella le revelase su secreto.

Sus esfuerzos fueron inútiles.

Y así pasó el tiempo, y Leandro, mal que le pesase, tuvo que aceptar la situación tal cual era y resignarse.

Muy pronto daremos a conocer a los padres de Leandro, porque tienen reservado en esta historia un papel de muchísima importancia, y al darlos a conocer diremos de su historia todo cuanto sea conveniente decir.

En cuantó al secreto de la condesa, para averiguarlo no tendremos que hacer más que escuchar algunas conversaciones entre ella y el comendador.

Así comprenderemos la situación horrible en que se encontraba la madre de Leandro, y sabremos también de todo lo que era capaz el severo comendador.

En la morada de éste tenemos que permanecer, porque allí se preparaba una escena interesante.

Había decidido el anciano pedir terminantes explicaciones a su hija.

¿Se atrevería la joven angelical a mentir?

Para no hacerlo así, tendría que decir quién era el hombre que había encendido su corazón, en cuyo caso debemos considerar perdido al pobre Querubín.

El padre y la hija almorzaron sin pronunciar una palabra.

También el rostro de ella revelaba lo mucho que había sufrido la noche anterior.

## CAPÍTULO XI

### *El padre y la hija*

Ya hemos dicho que el padre y la hija no pronunciaron una palabra durante el almuerzo.

Habían comido poco, muy poco, y esto por pura ce-

remonia, para no alterar la costumbre ni dar a los sirvientes nuevos motivos de comentarios.

Siempre que pudo dirigió María miradas escudriñadoras a su padre, convenciéndose más y más de que éste se sentía profundamente agitado.

La bellísima joven temblaba.

Había supuesto que se le exigirían explicaciones, y esto le parecía horrible, pues no sabía cómo salir del apuro.

Con decir que nada tenía que ver con el hombre que se había introducido en el jardín la noche anterior, todo estaba concluído; pero la joven no sabía mentir, y su noble franqueza era lo que precisamente la ponía en grandísimo apuro.

Terminado el almuerzo, dijo el anciano a su hija:

—Tenemos que hablar.

La joven, sin articular una sílaba, siguió a su padre.

Temblaba la infeliz, y hacía grandes esfuerzos para dominar su turbación.

El padre y la hija se sentaron.

Ésta inclinó la cabeza, fijando en el suelo la mirada.

Era el acusado que se encuentra en presencia del juez, y que no puede defenderse.

El comendador, por lo contrario, levantó la cabeza y fijó en su hija una mirada amenazadora.

Pasaron algunos minutos de silencio, durante los cuales se hubieran podido contar los latidos del corazón de María.

Por fin, el anciano rompió el silencio, y con severo tono dijo:

—Si habéis olvidado en un momento fatal lo que se debe a la autoridad de vuestro padre, quiero creer que no os habrá sucedido lo mismo con lo que debéis a vuestro ilustre nombre.

—Padre mío—balbuceó la desgraciada niña.

—Escuchadme—interrumpió el anciano—, que para que me escuchéis os he llamado.

—Ya os escucho, padre y señor.

—No ignoráis lo que sucedió anoche.

—Anoche...

—Un miserable se introdujo en esta casa, con mengua de vuestra honra, que es la mía.

Exhaló la joven un penoso suspiro.

No se atrevió a levantar la cabeza.

El comendador prosiguió diciendo:

—Tiempo hace ya que tengo noticias de que habéis olvidado vuestros deberes, y si he guardado silencio, ha sido por un exceso de bondad y abrigando la esperanza de que reflexionaríais y comprenderíais que caminabais ciegamente a un abismo; pero esta esperanza se ha desvanecido, convenciéndome de que mi bondadosa tolerancia no daba otro resultado que el de acrecentar vuestra osadía; y celoso de mi honor, que estimo mucho más que mi vida, he tenido que adoptar medidas extraordinarias.

—Perdonad, padre y señor.

—¿Qué se os ocurre?

—Si quisierais escucharme...

—¿Acaso podéis alegar alguna razón en vuestra defensa?

—Creo que sí.

—¡Oh!—exclamó el anciano dejándose arrebatar por la cólera— Esto me faltaba... ¿Cómo podéis defenderos? Los hechos son exactos, y, por consiguiente...

—Al apreciarlos puede haber exageración.

—¡Exageración, cuando de la honra se trata!

—Señor...

—Quiero llevar mis bondades hasta lo inconcebible, y escucharé vuestra defensa.

Leve, muy leve sonrisa, hizo entreabrir los labios de la joven.

Empero, aquella sonrisa era amarga, desgarradora.

Bondad hasta la exageración decía el padre que era escuchar la defensa del acusado.

Sólo así se comprende hasta qué punto creía el comendador que era respetable su autoridad.

—Sí—dijo—; sí, os escucharé; pero antes habréis de responderme a unas cuantas preguntas.

—Dispuesta me tenéis.

—Y es preciso que digáis la verdad.

—Nunca se han manchado mis labios con la mentira.

—Bien, muy bien; algo bueno habíais de conservar de la cristiana educación que habéis recibido.

—Creo que todo.

—Y sobre decir la verdad, exijo también respuestas terminantes.

—Terminantes serán.

—¿No es cierto que anoche se introdujo un hombre en el jardín?

—Ya lo sabéis.

—¿No es verdad que otras noches ha sucedido lo mismo?

—Sí.

—¿Y me equivoco al creer que ese hombre, en vez de venir a robarme el dinero, ha venido a robarme el honor?

—Sí; os equivocáis, padre mío.

—¡Señora!—gritó el anciano en el colmo de la impaciencia.

Entonces, la joven, como si repentinamente recobrase el valor, levantó la cabeza y dijo:

—No; ese hombre no es un ladrón que viene por vuestra honra.

Púsose el comendador en pie, fijó en su hija una mirada terrible, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... Pues qué, ¿ese villano miserable no os ama y es correspondido?

—Sí, me ama—respondió María volviendo a bajar los ojos.

Y por un instante enrojeció su pálida frente.

—¡Horror, horror!

—Pero amarme no es deshonrarme.

—Vos lo amáis también.

—Y al amarlo no olvido mi honor.

Viéndolo estaba y al anciano le parecía imposible aún que su hija se explicase así.

Era inconcebible tanto valor, tanta audacia en aquella niña, tímida hasta la exageración. ¿Cómo se atrevía la joven a confesar sin más rodeos que estaba enamorada? Y lo peor de todo era que al confesarlo se empeñaba en sostener que su amor no era una deshonra.

Plebeyo era el amante, y sobre ser plebeyo era pobre, pues así lo decía claramente la raída capa de paño no muy fino que había dejado en el jardín.

El comendador no concebía que una ilustre dama pudiese amar sin mengua de su honra a un plebeyo.

Sintió el anciano afluir a su cabeza toda su sangre, y, trastornado por la ira, empezó a pasearse mientras pronunciaba frases que no podían entenderse

—Mi amado padre—dijo dulcemente María—, recobrad la calma y escuchadme.

—¡Escuchar lo que me ofende!

—Pensad que...

—¡Esto es horrible!

—Me habéis prometido...

—¡Basta, basta!

Otra vez suspiró la joven.

Transcurrieron algunos minutos, y por fin el caballe-

ro, quebrantado, rendido por la fatiga, volvió a sentarse.

—Hablad—dijo.

—He prometido decir la verdad, y la diré.

—Ese hombre...

—Me ama y le amo, y este amor es mi vida, y el día que se desvanezca mi última esperanza dejaré de existir. Reconozco que he cometido una falta al guardar el secreto de mi amor; pero todas las reflexiones son inútiles, porque mis sentimientos tienen más fuerza que mi razón, y porque es impotente mi voluntad. No sabéis lo que he sufrido, no podéis comprenderlo...

—¿Y queréis que os escuche?—interrumpió el anciano.

—No puedo decir cómo este amor desdichado se encendió en mi pecho, y no sé cómo este amor me domina, me enloquece; pero...

—¡Silencio!

—Padre mío—repuso la joven cambiando de tono y arrostrando la terrible mirada de su padre—, mi amor me enloquece; pero limpio está mi honor, porque si para olvidar a ese hombre es impotente mi voluntad, me sobra valor para morir antes que olvidar mis deberes.

—Habéis visto a ese hombre...

—Muchas veces; es verdad.

—A solas habéis estado con él en el jardín...

—A solas, no; porque siempre un testigo ha observado nuestros menores movimientos; que nunca, padre mío, he dejado de pensar lo que exigen las conveniencias y mi propio recato, y he tenido mayor empeño en aparecer escrupulosa a los ojos de ese hombre por lo mismo que me interesaba conservar su estimación. Vos estimáis mucho mi honor, porque es el vuestro; pero ese hombre no me quiere deshonrada, y si yo fuese débil me despreciaría.

—Pero siempre resulta que es un desdichado plebeyo.

—Desdichado, sí; porque la más negra fatalidad lo ha perseguido desde que nació.

—¿Es de noble cuna?

—Dios lo sabe.

—¿Por ventura ignoráis su nombre?

—Su nombre...

—Acabad.

—Padre y señor...

—Responded.

—Es que...

—Su nombre, su clase...

—Su nombre...

Interrumpióse María; oprimióse el pecho y elevó al cielo una mirada, diciendo al fin:

—No tiene nombre porque ignora quién fue su padre.

No faltaba más que esto para que el horror del anciano llegase al último punto.

¡Su hija enamorada de un infeliz que ni siquiera un nombre plebeyo tenía!

Parecióle al caballero que iba a estallar su cabeza.

Se oprimió las sienes, y quedó inmóvil.

Los ojos de María se humedecieron, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

Algunos minutos pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

No se percibía más ruido que el de su violenta y desigual respiración.

Convencida estaba la joven de que su padre no transigiría.

Ella tampoco estaba dispuesta a transigir, porque le era imposible olvidar al hombre a quien amaba.

—No me engañaba mi instinto—dijo al fin el comenda-

dor—, no me engañaba, y con razón y sobrada justicia quise matar anoche a ese miserable.

—Es honrado...

—¡Honrado!... Pues qué, ¿es posible la honra para quien es hijo de la liviandad? Honrado no puede ser el que no sabe a quién debe su existencia, y por eso el cobarde huyó...

—Cobarde, no.

—Sí.

—¿Qué había de hacer? ¿Debió dejarse matar cuando le era imposible defenderse? De su valor tengo pruebas...

—Vuestras palabras me ofenden.

—Entonces concluiré, padre mío, si es que aun queréis escucharme.

—¿Qué más podéis decir?

—No soy responsable de lo que es ajeno a mi voluntad, y contra mi voluntad amo a ese hombre.

—Olvidadlo.

—Imposible.

El comendador fijó en su hija una mirada ardiente y escudriñadora.

Reflexionó después de algunos minutos, y dijo:

—Está bien; adoptaré las resoluciones que a mi honor convienen.

—Con la conciencia tranquila espero vuestra sentencia.

—Aunque ese miserable no tenga nombre puedes decir quién es.

María permaneció silenciosa.

—¿No me has entendido?

—Sí, señor.

—¿Quién es ese hombre?

—Un desgraciado.

—No quiero saber eso.

—Pues es cuanto puedo deciros.

—¡Señora!—gritó fuera de sí el anciano.

—Quitadme la vida, padre mío; pero no descubriré este secreto, porque sé que daros a conocer al hombre a quien amo es sentenciarlo a morir o poco menos.

—¡Sentenciarlo a morir!... ¿Soy acaso un asesino?

—No; pero si lo conocieseis, se apoderaría de él la justicia, acusándolo de haberse introducido en esta casa a media noche.

—Y él negaría; y como nada puede probarse...

—No negaría, porque tampoco sabe mentir.

—Entonces diría para qué se introdujo en mi casa.

—Sus jueces creerían que así intentaba justificar su proceder, y sin escucharlo lo sentenciarían por haber intentado robar, y esto lo harían bien fácilmente, porque es pobre y desvalido, y deshonrado quedaría a pesar de la pureza de su honor. Grandes obstáculos me separan del infeliz ahora; pero nos separaría un abismo el día en que la justicia declarase que el desdichado había cometido un crimen, pues él huiría de mí para no deshonrarme con su falsa deshonra, y yo moriría de desesperación y sufriendo lo que no ha sufrido ninguna criatura.

Turbóse el anciano, porque su hija había adivinado sus pensamientos; pero no por esto pensaba transigir.

Creía que su autoridad era bastante para obligar a la joven a que dijese quién era su amante, a pesar de todos los peligros que esto ofrecía.

El comendador se equivocaba lastimosamente. No había comprendido que a su hija le sobraba energía para resistir, puesto que el valor nada tiene que ver con la inocencia ni con la ternura.

María era inocente; era sensible hasta el último grado de la sensibilidad; pero al mismo tiempo fuerte y valerosa.

Había adoptado una resolución, y no debía retroceder.

Sufría mucho, pero no tenía miedo.

Quería evitar sufrimientos a su padre; pero no estaba dispuesta a sacrificar al hombre a quien amaba.

Era hija tierna y respetuosa; pero no era débil. Muy trabajosamente se dominaba el comendador.

Por primera vez en su vida experimentaba una contrariedad; por primera vez su hija se rebelaba contra su autoridad suprema.

Esto era inconcebible para el anciano; estaba sucediendo y no lo creía, como no se cree lo que nos parece inverosímil.

—Quiero conocer a ese hombre—dijo con voz reconcentrada.

—Perdonad, padre mío.

—Quiero conocerlo.

—Jamás.

—¡María!

—Señor...

—¿No temes mi cólera?

—No tengo miedo ni a la muerte—replicó enérgicamente la joven.

—¡Oh!

—Me habéis recordado los deberes que me impone mi nombre, y uno de esos debe ser el valor.

Rugió sordamente el anciano.

Su hija prosiguió diciendo:

—No tengo noticia de que hayáis temblado nunca ante la muerte, y yo tampoco temblaré.

De los ojos del comendador se escapaban centellas.

Otra vez volvió a levantarse y a pasearse.

María quiso llevar su audacia aun más allá, evocando recuerdos que, sobre ser penosos, eran muy graves.

—No conocí a mi virtuosa madre—dijo—; pero sé que con valor sin igual...

—¡Silencio!—gritó fuera de sí el anciano.

—No puedo envanecerme con haber heredado las virtudes de mi madre; pero sí su valor.

—¡Silencio, he dicho!

María inclinó la cabeza sobre el pecho.

El aspecto de su padre hubiera infundido terror a la criatura más valerosa.

Habíase convencido ya de que nada conseguiría.

La noche anterior había soportado el ridículo, y aquella mañana tenía que sufrir la rebeldía de la joven.

Esto era demasiado.

Sin embargo, tenía que aceptarlo todo, por horrible que le pareciese.

Había pensado pedir también explicaciones en cuanto a la persona que en aquella intriga ayudaba a la joven; pero no lo hizo, porque comprendió que nada conseguiría más que experimentar el disgusto de que otra vez su hija se rebelase. Quedaba, sin embargo, un punto sobre el que era absolutamente preciso hablar, porque la ocasión de hacerlo era la más oportuna.

Esfuerzos sobrenaturales hizo el comendador para recobrar la calma, y cuando creyó que le era posible hablar con algún sosiego, dijo:

—No habréis olvidado que no sois dueña de vuestros sentimientos.

—¿Por qué?

—Es cosa convenida vuestro casamiento con el hijo de la condesa, y, por consiguiente...

—Leandro no me ama.

—No se lo he preguntado; pero sí puedo asegurarte que será tu esposo. Mi palabra está comprometida, y, además, ese matrimonio te conviene; y como no puedo quedar en ridículo, te casarás con el hijo de la condesa.

—Repito que ni él me ama ni yo lo amo.

—Eso no es cuenta mía.

—¿Y si su corazón es de otra mujer?...

—De ninguna; y esto lo sabe todo el mundo.

—Obligarme a ser esposa de ese hombre es imponerme un sacrificio horrendo, es hacerme la criatura más desdichada del mundo; y si vos me amáis...

—Por eso he buscado tu felicidad. Leandro es noble y rico, está llamado a representar el más brillante papel; y en cuanto a sus sentimientos...

—Son los mejores; lo reconozco.

—Pregunta, y todos te dirán que es un modelo de virtudes.

—No lo ignoro.

—Entonces...

—Pero no lo amo, y para ser su esposa tengo que fingir ternura, y este fingimiento sería un crimen. De buena fe me amaría Sandoval creyendo que su amor era correspondido, y yo, entretanto, con el pensamiento fijo en otro hombre...

—El tiempo curará tu locura.

—No, padre mío.

—Y, sobre todo, lo he prometido y ha de hacerse; y cuando llegue el día, te llevaré al altar, y veremos si allí te atreves a producir un escándalo.

No; no era posible que se atreviese a tanto María; pero aun atreviéndose, ¿de qué había de servirle?

Su padre, en uso de su autoridad, la encerraría en un convento; recurso a que entonces se apelaba con lamentable frecuencia.

Y si aun tenía la joven valor para producir un segundo escándalo y resistirse a pronunciar los sagrados votos, quedaría en la misma triste situación, pues consumiría su vida en una celda.

Nada de esto se le ocultaba a la joven, ni era posible que se le ocultase.

Empero resistió.

—Me quitaréis la vida—dijo—; pero no seré esposa de Leandro de Sandoval.

—¡Y esto sufro!...

—Padre mío, compadecedme...

—¡Compasión me pide la hija desnaturalizada que ni siquiera mi honor respeta!

—¡En nombre de lo que más améis!...

—¡Basta ya!

—Por la memoria de mi virtuosa madre, que desde el cielo nos mira.

—¡Basta, he dicho!

—¡Ah!

—Disponte para ser esposa de Leandro de Sandoval, porque muy pronto quedará arreglado este asunto. Y en cuanto a ese amor que te deshonra, puedes hacer lo que quieras; pero ten entendido que no volverás a ver al miserable que anoche se burló de mí, porque ya he adoptado las precauciones convenientes, y si las circunstancias me obligan adoptaré muchas más.

—Sufriré resignada.

—De boca en boca y malparado andará nuestro honor, porque habrá cundido la noticia de lo sucedido anoche. ¿Qué dirá el mundo? ¿Quién tendrá hoy fe en la pureza de tu honor?

María fijó en su padre una mirada profunda.

—¡Desdichado—dijo—el que se atreva a poner en duda mi honra!

—Tú lo castigarás, ¿no es cierto?—replicó irónicamente el anciano.

—No faltará quien lo castigue si vos no lo hacéis.

—A pesar de todo eso se murmurará, y cada cual pensará lo que se le antoje, sin que nadie pueda estorbarlo. Por mucho menos han perdido su reputación mujeres muy honradas.

—Dios sabe la verdad, y mi conciencia está tranquila.

—Sí; Dios lo sabe; pero el mundo...

—El mundo para mí se encierra en el hombre a quien amo.

—¡Hemos concluído!—dijo el comendador.

Ya no podía sufrir más, y salió del aposento sin escuchar a su hija, que le tendía los brazos para suplicarle otra vez.

La infeliz exhaló un grito y ocultó el rostro entre las manos, mientras un raudal de lágrimas corría por su pálido rostro.

Entretanto el comendador, queriendo desahogar su cólera, despidió a la dueña y a una de las doncellas de María, haciéndolas salir inmediatamente de la casa.

La otra doncella, la verdadera culpable, se libró de la tormenta, gracias al amor y al ingenio de Andrés.

Esto fue motivo de consuelo y tranquilidad para María, por más que a la vez le hiciese sufrir el que sus culpas las pagasen dos inocentes.

Todos los criados temían ser despedidos, y estaban taciturnos.

El caballero preguntó por Andrés.

Le respondieron que éste había salido.

Sin duda, se ocupaba en averiguar quién era el amante de María.

Una hora después el comendador cambiaba de ropa.

Había conseguido al fin dominarse, y dijo:

—Preciso es concluir, porque no hay nada peor que las dudas y vacilaciones.

Y apoyándose en un bastón de caña de Indias con puño de oro, salió de su casa y se dirigió a la de los condes de Rocanegra.

## CAPÍTULO XII

### *Margarita de Solís*

Es absolutamente preciso que nos ocupemos, aunque sea someramente, de los antecedentes de la condesa, pues no haciéndolo así sería imposible que se apreciase en su verdadero valor su situación especial, ni mucho menos su proceder.

Margarita de Solís pertenecía a una de las más ilustres familias de la corte, y debía heredar una fortuna muy considerable. Había sido educada con severidad y esmero, y ella había correspondido con respeto y ternura a los sacrificios y deseos de sus padres.

Quince años tenía cuando la casualidad le hizo conocer al ilustre don Juan de Monzón, caballero también a quien la fortuna había sonreído y que a la sazón tenía veinticinco años.

Se vieron y se amaron, sin que nos sea posible decir cómo esto sucedió, ni tampoco nos importe, pues lo interesante es que ambos creyeron que su única dicha era hacer común su destino.

Juráronse amor eterno, porque los enamorados juran con mucha facilidad, y no cuentan nunca con que las circunstancias pueden obligarlos a faltar a sus juramentos.

Pensaba Margarita hablar a sus padres del amor que en su pecho ardía, cuando don Juan de Monzón, por no sabemos qué motivo, tuvo con cierto personaje una querella que fue decidida con la espada, y costó la vida a su adversario.

Esto le obligó a huir de la corte, y tuvo también que salir de España sin despedirse de la mujer a quien amaba con frenesí.

Cerca de un año pasó sin que tuviese noticia de don



*Continuará en el número 5*

Querubín ignora quiénes son sus padres. Vive pobremente con su protector, don Godofredo de Guevara, noble arruinado y hombre de gran corazón, que le recogió cuando era muy niño. Sólo sabe que su padre era un caballero ricamente vestido que le entregó a una pobre mujer, para que le criase, recién nacido.

Un día que Querubín y su protector se hallaban en casa de un sastre, que habitaba en un portal de mísero aspecto, vieron salir del interior a Leandro de Sandoval. Intrigados, preguntaron al sastre el motivo de su visita; pero éste no quiso decirlo.

En otro piso de aquella casa vivían misteriosamente dos mujeres, madre e hija. Llegaron allí diecisiete años antes, sin que nadie supiese quiénes eran ni de dónde procedían. Vivían modestamente. La madre se llamaba Mariana, y la hija, Consuelo.

Un día, la madre sufrió un ataque de parálisis y desde entonces la pobre hija tenía que sufrir penas sin cuento para poderla atender. Compadecido de ellas, el sastre les ayudaba en cuanto podía.

Don Leandro de Sandoval conoció por casualidad a Consuelo, y prendóse de ella. Ella también se enamoró de él; pero al conocer su elevada posición se aterró. Ignoraba quién era su padre, no tenía ni siquiera nombre, aunque fuera plebeyo.

Mientras tanto, don Leandro se había captado la voluntad del sastre, y le ayudaba a proteger económicamente a las dos mujeres, sin que ellas se enterasen.

Consuelo, delante del señor Policarpo, hizo a su madre el relato de sus amores, pidiéndola consejo. La pobre paralítica, que era la única que poseía el secreto del nacimiento de Consuelo, no podía contestarles.

El señor Policarpo, convencido de que Leandro estaba honestamente enamorado de Consuelo, propuso una entrevista con él. Mariana accedió.

# COLECCIÓN ENIGMA

## NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

## ENIGMA 1.ª serie

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| 1 | — J. MARY | — Rultabos | | 11 | — G. LEROUX | — El corazón secuestrado |
| 2 | — » | — El bufón por sacrificio | | 12 | — » | — Rouletabille en Rusia |
| 3 | — » | — ¡Por ella! | | 13 | — LE ROUGE | — El náufrago del espacio |
| 4 | — » | — La astucia de una mujer | | 14 | — » | — Al astro espantoso |
| 5 | — » | — La venganza del Destino | | 15 | — SPITZMULLER | — El capitán Lagarde de Jarzac |
| 6 | — » | — El secreto de Mari-Rosa | | 16 | — » | — Los amores de Francisco I y la [illegible] |
| 7 | — » | — Ultraje Mortal | | 17 | — » | — La marquesa dolorosa |
| 8 | — ESTAUNIE | — Las cosas ven | | 18 | — » | — La favorita |
| 9 | — G. LEROUX | — Bibi, tomo I | | 19 | — » | — El misterio de miraflor |
| 10 | — » | — » » II | | 20 | — » | — El hijo de Santos |

PRECIO DE CADA TOMO, EN RÚSTICA ... 2,50 PESETAS.